

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

La liturgia de la Palabra propone hoy las lecturas de Job 7,1-4.6-7, 1Cor 9,16-19.22-23 y Mc 1,29-39.

1. El libro de Job

El libro de Job, encuadrado dentro del grupo de los libros sapienciales, ha sido considerado como “la obra maestra literaria del movimiento sapiencial en Israel” (Biblia de Jerusalén). No se conoce al autor de la obra, aunque pone de relieve un gran conocimiento de la enseñanza de los profetas y de los sabios de Israel. Vivió con toda probabilidad en Palestina, aunque no se puede descartar que pasara un tiempo en Egipto. Las características literarias y de contenido hacen pensar que la fecha de composición más probable es el comienzo del siglo V a. C. **La tesis central del libro viene a ser que, frente al pensamiento tradicional que establece una estrecha correlación entre el sufrimiento y el pecado personal, también el justo y el inocente sufren y que el sufrimiento esconde un designio misterioso de Dios que encontrará su recompensa. El hombre debe seguir confiando siempre en Dios, sobre todo en los momentos de las pruebas y del dolor.**

2. Un día de la vida de Jesús

El pasaje del evangelio permite reconstruir lo que sería una jornada de la vida de Jesús. Comienza con la salida de la sinagoga tras el culto matinal (v. 29), continúa con la actividad en la casa de Simón (v. 30-31), al atardecer Jesús lleva a cabo numerosas curaciones y exorcismos (v. 32-34), y termina el día; de madrugada, va a orar a un sitio solitario, adonde van a buscarlo los discípulos (v. 35-37), y junto con ellos, Jesús comienza otra jornada de trabajo yendo a otras aldeas (v. 38-39). En esta jornada de la vida de Jesús destacan dos cosas: su intensa, **casi frenética, actividad dedicada a la predicación y las curaciones, y el tiempo que pasa en oración.**

a) Las curaciones y los exorcismos.

El pasaje de Mc 1,34 recuerda que Jesús curó a muchos enfermos y a muchos endemoniados. Se trata de uno de los sumarios con los que los evangelistas resumen la actividad taumatúrgica de Jesús, para evitar extenderse en los milagros por separado. En el relato paralelo de Lc 4,40 hay un detalle muy significativo. Se dice que Jesús curó a muchos enfermos,

“imponiendo las manos *a cada uno*” (cf Mc 6,5). **Eso significa que Jesús no hacía las curaciones en masa, sino que se acercaba a cada uno en su individualidad, dedicaba el tiempo necesario a cada enfermo, con toda la delicadeza y la bondad de su corazón conmovido de compasión.** Comentando la curación de la suegra de Pedro, dice san Jerónimo: “¡Ojalá venga y entre el Señor en nuestra casa y, con un mandato suyo, cure la fiebre de nuestros pecados! Porque todos tenemos fiebre. Tengo fiebre, por ejemplo, cuando me dejo llevar por la ira. Existen tantas fiebres como vicios. Por ello pidamos a los apóstoles que intercedan ante Jesús para que venga a nosotros y nos tome de la mano; pues si Él toma nuestra mano, la fiebre huye al instante. Él es un médico egregio, el verdadero protomédico... No toca el oído, no toca la frente, sino la mano. La suegra tenía la fiebre porque no poseía obras buenas. Hay que sanar primero las obras y luego quitar la fiebre. No puede huir la fiebre si no son sanadas las obras” (*Comentario del evangelio de san Marcos 2*).

b) La oración litúrgica de Jesús.

Son muchas las ocasiones en que los evangelistas dan noticia de que Jesús, como todo judío piadoso, **participaba de la liturgia en la sinagoga y en el templo.** Se hacía presente los sábados en la oración sinagoga y acudía al templo para la celebración de las grandes fiestas, como la Pascua (Mt 26,17-19), los Tabernáculos (Jn 7) o la Dedicación del templo (Jn 10,22). Jesús acomodaba su vida al ritmo de las celebraciones litúrgicas de su pueblo. ¿Con qué sentimientos recitaría Jesús los Salmos sabiendo que en ellos se prefiguraba toda su vida, su generación eterna (Sal 2), su pasión y muerte (Sal 22; 69), y su resurrección (Sal 16)? ¡Con qué emoción contenida escucharía Jesús las profecías de Isaías y Miqueas, que anunciaban su nacimiento (Is 7; Miq 5,2), las profecías del Siervo de Yahveh (Is 52,13-53,12), la profecía de Zacarías, que anunciaba su cuerpo traspasado (Zac 12,10)! ¡Con qué intensa emoción celebraría cada año la fiesta de Pascua sabiendo que un día Él sería el Cordero sacrificado!

c) La oración personal de Jesús.

Son también muy frecuentes las ocasiones en que los evangelistas mencionan que Jesús **se retiraba a orar.** Unas veces lo hacía al amanecer (cf Mc 1,35), otras de noche (cf Lc 6,12). Con la oración de la mañana, que estrena el día, Jesús nos enseña que cada jornada se abre como una promesa que Dios irá desvelando; la oración de la noche es la oración del

descanso y de la acción de gracias por haber disfrutado de una jornada en la que se pueden reconocer con facilidad las huellas del paso de Dios. ¿Cómo oraba Jesús? En cuanto al lugar, Jesús buscaba lugares solitarios (cf Mc 1,35; Lc 5,16; 11,1), o el monte (cf Lc 6,12; 9,28), o en soledad alejado de sus discípulos (cf Mt 26,39), lugares que le proporcionaban quietud y **silencio**. En cuanto al momento, Jesús ora también en momentos de especial transcendencia: durante su bautismo (cf Lc 3,21), cuando va a elegir a sus apóstoles (cf Lc 6,12-13), en el momento de la Transfiguración (cf Lc 9,28), en Getsemaní al prepararse para la muerte (cf Mc 14,32-42), en la cruz ora con el Sal 22,1. En cuanto al modo, es sabido que los judíos solían rezar de pie (cf 1Re 8,22; Mt 6,5; Lc 18,11), y con los brazos levantados al cielo (Sal 143, 6), pero cuando la oración se hacía más intensa se oraba cayendo en tierra (cf Mc 14,35), rostro en tierra (cf Mt 26,39) o de rodillas (Sal 95,6; Is 45,23; Lc 22,41; Hch 7,60); también en medio de intensos clamores, gemidos y llanto (Sal 39,13; 77,2-4). La carta a los Hebreos dice que Jesús, en Getsemaní, ofreció oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas (Heb 5,7). En cuanto al contenido, la oración de Getsemaní proporciona algunas claves. Jesús se dirige a Dios llamándole *Abba*, mostrando así su familiaridad con el Padre. Jesús habla con el Padre como lo hace un niño, pues Jesús tiene un corazón de niño. Como todo niño, lleno de deliciosa ingenuidad, Jesús sabe que de su Padre no puede recibir nada que sea malo. Como un niño se siente acariciado en el regazo de su madre, así se siente Jesús en los brazos del Padre (cf Is 66,13). Jesús se ha identificado con el alma de los niños hasta el extremo de afirmar: “El que acoge a un niño como éste en mi nombre me acoge a mí” (Mt 18,5). E invita a sus discípulos a hacerse como niños (cf Mt 18,4). En su oración, en el silencio sobrecogedor de una noche estrellada o en la alegre serenidad de una luminosa mañana recién estrenada, Jesús confidencia con el Padre, abre su corazón al Padre, descansa en el Padre, muestra una total confianza en el Padre, se complace en el Padre, recibe la fortaleza y el consuelo del Padre. En la oración de comunión con el Padre Jesús recupera la energía y la fuerza desgastadas por las agotadoras jornadas junto a los hombres. Jesús sale renovado de sus encuentros en la intimidad con el Padre. Conforme a lo que había enseñado a sus discípulos de que es necesario orar sin desfallecer (cf Lc 18,1), Jesús ora al Padre pidiendo tres veces la misma súplica (cf Lc 22,39-46). En su oración Jesús suplica al Padre, pero no le exige nada, **se acomoda a la voluntad del Padre, pero no le fuerza a cumplir la suya**. En su oración Jesús entra en una plena comunión

de voluntad con el Padre. En su oración Jesús es el primero en llevar a la práctica el *fiat voluntas tua*, “hágase tu voluntad”, que un día había enseñado a sus discípulos en el Padrenuestro (cf Mt 6,10). En Getsemaní Jesús pudo recitar sin duda las palabras del Sal 40,7-8: “No pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: Aquí estoy para hacer tu voluntad”. En su oración se pone en juego la plenitud de su divina humanidad: Jesús presenta al Padre las inquietudes, preocupaciones y sufrimientos, los deseos, anhelos y esperanzas de sus hermanos los hombres. A la vez, trae para los hombres la bendición y los dones de parte del Padre. Y su humanidad se pone en juego hasta el extremo: Jesús suda gotas de sangre (cf Lc 22,44). **¡Jesús, maestro de oración!**

Que María, la Madre orante, nos enseñe a orar como ella aprendió de su Hijo. ¡FELIZ DOMINGO!